

EXISTENCIA, ESTABILIDAD Y DESARROLLO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE¹

por JAIME LAVADOS MONTES

En su excelente estudio sobre Universidad y nación, la historiadora Sol Serrano se pregunta ¿por qué y para qué se fundó la Universidad de Chile? La respuesta que esta investigadora entrega es que la creación de la Universidad obedeció “a la necesidad de darle cohesión a una nación en surgimiento, crear nuevos lazos de adhesión y lealtad en la población y formar una clase dirigente capaz de conducir al país hacia la modernidad que florecía en los países del Atlántico norte”.

Respondió además, la Universidad, a los afanes de desarrollar los dos factores principales con los que se vinculaba el progreso: un sistema de gobierno democrático, y una capacidad productiva basada en los avances de la ciencia y la tecnología. Así, nuestra Universidad se fundó por la explícita voluntad política del Estado chileno de consolidarse y ser capaz de ejecutar los cambios culturales y técnicos necesarios para modernizar a una sociedad que parecía incapaz de hacerlo por sí sola y en forma espontánea.

El proyecto modernizador de Andrés Bello, designado rector para llevar adelante esos propósitos, comprendía la apertura a una nueva forma de dialogar con la naturaleza y de ver el mundo, derivada del desarrollo de las ciencias, y de las transformaciones que la tecnología genera en la sociedad. “La utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales, es lo que principalmente espera de la Universidad el Gobierno” —decía Bello en su célebre discurso de instalación de 1843. Más tarde, en 1848, nuestro primer rector hacía ver que no sólo debíamos limitarnos a “repetir servilmente” las lecciones de la ciencia europea, ya que en ese caso estaríamos tributándole “un culto supersticioso que la misma ciencia condena”. La tarea era, entonces, desarrollar

¹Discurso del Rector de la Universidad de Chile con motivo del 154º aniversario de la Corporación.

capacidades académicas con el preciso objeto de crear un pensamiento propio.

De lo que se trataba, en último término, era de llevar adelante no sólo un proceso de modernización epidérmica, superficial, sino de, efectivamente, asumir los modos de procesar la realidad propios del pensamiento científico moderno, incorporándolos a nuestro entramado cultural, institucional y productivo.

Treinta años más tarde, en 1872, Ignacio Domeyko apuntaba que “toda profesión científica descende a ser puro oficio, incapaz de marchar con el progreso del país, si se la quiere limitar a conocimientos estrictamente indispensables para su ejercicio”. En consecuencia, los planes de estudio, decía Domeyko, debían prepararse para que se aprenda a pensar, a estudiar, a razonar. Muchos años más tarde, en 1963, don Juan Gómez Millas señalaba que “parte del deber histórico de la Universidad es propiciar, por encima de toda ideología, los cambios que requieren las instituciones, los hábitos y las actitudes mentales de nuestro continente”.

No es mi propósito, a 154 años de nuestra fundación, hacer un recuento detallado de nuestra historia. Sería largo y de algún modo inútil reseñar los efectos de la acción de la Universidad de Chile sobre la suerte y desarrollo del país. Desde la extensión de la educación y el derecho y su efecto democratizador e igualador de oportunidades hasta la creación de nuestra infraestructura productiva y de servicios. Desde el desarrollo de la Astronomía y la Genética Molecular, hasta la reflexión filosófica y la instalación de las Artes entre nosotros. Desde la Economía y la Administración Pública, hasta la Informática, la Computación y la Química avanzada. Es para mí de absoluta evidencia que Chile no sería el mismo sin aquella decisión política que hoy solemnemente celebramos.

Pero, sin duda, no se trata de quedarse anclado a un pasado fecundo, sino mirar cómo hoy día podemos establecer las capacidades y los proyectos necesarios para un futuro que ya no despunta lenta y lejanamente como antes, sino que está aquí, apremiante y exigente, lleno de esperanzas y promesas, pero también de desafíos y amenazas. En efecto, la época actual no es una continuación más o menos lineal y predecible de las anteriores. Hay rupturas y transformaciones que producen situaciones y desafíos inéditos que ya no pueden enfrentarse con modelos de pensamientos mecánicos y deterministas.

Vivimos una época de dramáticos cambios de paradigmas, de volatilización de todas las certidumbres. Se están transformando nuestras

imágenes del universo y del lugar que ocupamos en él. Se acelera la velocidad con que el conocimiento científico se convierte en tecnología, la que a su vez crea nuevos entornos humanos y demuele los antiguos, genera formas inéditas de poder, de crecimiento urbano a veces caótico, y globaliza los medios de producción y los mercados, la información y también las catástrofes ambientales que están haciendo que nuestro planeta se vea también globalmente amenazado.

La visión del mundo que plasmó la Física newtoniana era la imagen sólida y exacta de una máquina regida por leyes matemáticas eternas e inmutables. Así, la naturaleza aparecía como un aparato de relojería. Se impuso entonces una visión determinista del universo, con la certidumbre de poder predecir o anticipar los estados futuros de cualquier fenómeno, a partir del conocimiento de las leyes que lo rigen. Estas certidumbres crearon una excesiva confianza en las capacidades de la ciencia para modificar el mundo y apareció el mito del progreso ilimitado, sin que los “operadores” de dicha ciencia perdieran el control sobre estos poderes de transformación.

Un reciente libro del Premio Nobel Ilya Prigogine, se titula, sintomáticamente, *El fin de las certidumbres*. Allí, el autor señala que si la ciencia clásica privilegiaba el orden y la estabilidad, hoy, en todos los niveles de observación, reconocemos el papel primordial de las fluctuaciones y la inestabilidad. “Junto a estas nociones —escribe Prigogine— aparecen también las opciones múltiples y los horizontes de previsibilidad limitada”.

La Cosmología contemporánea, por su parte, nos sitúa en un universo en expansión, nacido de una singularidad, el *big bang*, en cuyos fortísimos campos gravitacionales se quiebran las posibilidades de predicción; pero que además pone en duda nuestras intuiciones más decisivas sobre tiempo y espacio, pues éstos “nacerían” con y en ese momento inicial. De ese modo la ciencia, ya no la religión o la cultura, construye un “mito de creación”.

Nos encontramos así frente a una compleja fase de la vida humana, en que todas las certidumbres se disipan, tanto en el plano del saber como en el de la vida cotidiana; en que las totalidades se fragmentan, en que las formas de vida cambian con tal celeridad que no se alcanzan a construir los conceptos o las simbolizaciones que les den sentido; en que las sociedades se segmentan, mientras en las ciudades colapsadas surgen inesperados fanatismos y brotes de violencia que para manifestarse buscan pretextos tan desprovistos de contenido y de sustancia como una confrontación deportiva.

El momento es particularmente peligroso, especialmente para países como el nuestro, que cautivados por el despliegue de las imágenes seductoras de esta nueva modernidad y por las posibilidades de consumo ilimitado que ella promete, absorben con cierto candor sus formas exteriores, sin asimilar sus contenidos.

Son muchos los nuevos “saberes” que están hoy remodelando el mundo, así como la imagen que tenemos de él. Hablo deliberadamente de saber y no de conocimiento ni menos de mera información, para establecer la diferencia entre ellos. La así llamada sociedad de la información, tan frecuentemente mentada, es un sin sentido peligroso. La información acopia datos, hechos o circunstancias que en sí mismos no tienen organización ni dirección. Para tenerlo, la información o los datos deben incorporarse a complejas estructuras cognitivas que los articulen y los constituyan en conocimientos. Este último, el conocimiento, se transforma en saber cuando se imbrica con una dimensión ética que le otorga valor y sentido, y cuando se inserta en determinados contextos en los que puede establecer sintonías y coherencias.

Esta distinción cobra cada vez más relevancia en la medida en que los conocimientos científicos y técnicos ofrecen mayores poderes al hombre. Cuando estos conocimientos no se convierten en saber, pueden generar poderes sobre los que es fácil perder el control, o efectos laterales indeseables que cobran peligrosa autonomía.

Estas reflexiones iniciales me parecen pertinentes puesto que, tal como en la década anterior a la fundación de la Universidad de Chile, fue necesario justificar su instalación, hoy día parece indispensable justificar su existencia, estabilidad y desarrollo.

No es posible para el país asumir el enorme y veloz cambio que hoy enfrenta la humanidad, sin instituciones donde pueda articularse la reflexión con la acción; donde se integren cultura, educación y técnica; y donde confluyan la *techné*, es decir, la habilidad, el oficio por el cual se transforma algo natural en artificial, con el *logos*, el pensamiento, la inteligencia, la razón y también, naturalmente, con la ética. Ahí está el sentido de la tecnología, que debiera ser técnica regida y controlada por el pensamiento y los valores.

Son estas integraciones las que hacen posible generar planes de desarrollo que consideren, junto con el aumento de la producción y de las exportaciones, la equidad, la calidad de vida y la sustentabilidad futura del mismo desarrollo, o que permiten formular planes educacionales capaces de enriquecer la cultura nacional, como contrapeso a la frivolidad y abismante pobreza de contenidos de los mensajes mediáti-

cos, que hoy se erigen como supremos árbitros de sociedad y como principales constructores de la imaginación colectiva. Tales reconstrucciones, integradoras de la realidad, pueden lograrlas ciertas instituciones como las Universidades, pero siempre y cuando sean capaces de enfrentar la complejidad de desafíos que este nuevo mundo crea.

Creo que la Universidad de Chile está no sólo preparada sino realizando esta difícil tarea. Por ejemplo, no sólo cultiva en el más alto nivel la Biología Celular y Molecular y las tecnologías de base biológica, sino también examina los nuevos dilemas bioéticos que están generando estas tecnologías y estas disciplinas. Por eso no es trivial que en esta Universidad se desarrolle la Química Ambiental, pero también el Derecho, la Economía, la Filosofía, las Artes y además la Astronomía.

Recientemente, hemos entregado información cuantitativa que muestra a través de datos objetivos nuestra recuperación y solvencia. Por su propia naturaleza, tales cifras no dan cuenta de la riqueza y variedad de las actividades de nuestras unidades y de nuestros académicos. Tampoco pueden detallarse ahora. Su calidad se demuestra en los proyectos que se nos asignan en los diversos concursos de investigación en los que participamos, en los Premios Nacionales o en las Cátedras Presidenciales que hemos obtenido (10 de 13), o en los reconocimientos internacionales que esta Universidad está logrando en áreas tan diversas como computación en paralelo, modelaje medioambiental, ejecución musical, física nuclear, filosofía, políticas públicas o genética molecular.

Tenemos las capacidades, la decisión y, pienso, la sabiduría para acompañar, impulsar y en cierto modo preceder al país en esta tan decisiva etapa de su desarrollo, en un mundo que se nos ha vuelto lleno de oportunidades, pero ambiguo; que nos permitiría mejorar nuestro bienestar, pero también destruir nuestro futuro; aumentar nuestra riqueza al tiempo que acentuar las desigualdades sociales y económicas. Un mundo en el que se incrementan las exportaciones, pero en el que nuestra cultura se fragmenta y desaparece. En el que no sólo debemos ocuparnos, como lo estamos haciendo, de las ricas posibilidades de desarrollo de la informática y las redes, sino también de los problemas de aislamiento individual y vacío social que esta "soledad frente a la máquina" puede engendrar. Éste es un tiempo en que debemos ocuparnos no sólo del desarrollo económico, sino también de la disponibilidad de recursos naturales, hídricos y energéticos. No sólo de la pobreza, sino también, de la drogadicción y el embarazo juvenil. No sólo de la calidad de nuestra educación, sino también de las políticas públicas y la

Democracia de algún modo amenazada, cuando se la reduce sólo al acto cada vez más desgastado de sufragar periódicamente.

Para esto existimos, para esto fuimos fundados. Para desarrollar las ciencias, las artes, la educación y la cultura en su más alto nivel. Pero también, para mantener una mirada crítica sobre los procesos industriales, las tecnologías dejadas a su suerte. Para formar profesionales, pero también para hacer de ellos personas que juzguen, valoren, critiquen.

Me pregunto, y esta pregunta no es hoy una cuestión retórica: ¿Comprende nuestro país la importancia actual y futura de las Universidades, y de ésta en particular? ¿Nos damos cuenta de lo indispensable que es hoy día invertir en inteligencia, no sólo para competir y mejorar productividad, sino también para mantener esa mirada crítica que nos señale, que nos llame la atención sobre los riesgos de desintegración cultural y destrucción del entorno?

Pienso que aquellos que, por diversas consideraciones, rechazaron en una Comisión del Parlamento un aporte para esta Universidad, están equivocados y no han considerado adecuadamente los desafíos de nuestro futuro ni la calidad y capacidad de nuestra Corporación.

Algunos de los argumentos entregados para justificar la votación negativa hacia la Universidad de Chile, demuestran además un examen poco cuidadoso o interesado de los antecedentes disponibles. Se sostiene, por ejemplo, que en el último tiempo se ha favorecido a nuestra Universidad en la entrega de recursos fiscales, en detrimento de las Universidades regionales derivadas. Las cifras oficiales indican otra cosa. En efecto, entre 1981 y 1996, la participación de la Universidad de Chile en el aporte fiscal global, incluyendo la partida que se discute en el Parlamento, cayó de un 28.8% a un 22.4%, mientras la participación de esas Universidades regionales derivadas subió de un 18,4% en 1981 a un 29,7% en 1996.

Por otra parte, circulan estadísticas que indicarían un trato preferencial hacia nosotros, por cuanto el Estado nos entregaría algo más de 800 mil pesos por estudiante, mientras para las Universidades regionales el aporte fiscal significaría sólo algo menos de 300 mil pesos por alumno. Como es evidente, ésta es una posición que supone que todos los recursos, cualquiera sea su origen, se gastan en educación de pregrado.

Es probable que para muchas entidades fundamentalmente docentes ese cálculo sea correcto. Sin duda, no lo es para la Universidad de Chile que, como las cifras demuestran, realiza cerca del 50% de las investigaciones chilenas que se publican fuera del país, que tiene importantes actividades culturales y artísticas, que desarrolla variados servicios

técnicos a la nación, que se abre a nuevas ciencias, instala tecnologías de punta y profundiza variadas disciplinas. La cuestión central aquí es otra. El sistema universitario chileno es extremadamente heterogéneo. Participan en él pequeñas unidades que tienen sólo algunas carreras y no realizan otras tareas. Al mismo tiempo, entidades complejas y completas, como la Universidad de Chile, que por su misión de bien público y su nivel de excelencia debe trabajar en una serie de ámbitos no relacionados sino parcial y ocasionalmente con la docencia de pregrado. El Centro de Estudios Espaciales, y la medición de rayos cósmicos, el Servicio Sismológico, la Orquesta Sinfónica, los estudios de zonas áridas, o el modelamiento medioambiental, entre otros muchos ejemplos posibles, reciben escasos y seleccionados estudiantes de pregrado.

Por otra parte, con frecuencia se sostiene que es nuestra responsabilidad y no del Estado, resolver los problemas internos de eficiencia, calidad de gestión o capacidad de cambio. Creo que no es hoy posible continuar con ese predicamento. Esta Universidad no sólo ha mejorado su gestión y administración, y modernizado sus procesos operativos, sino además —y esto en realidad es lo primero— ha sido capaz de instalarse en la frontera del conocimiento, en una variedad de áreas emergentes y mejorado su oferta educacional, y se ha atrevido a iniciar y desarrollar un proceso de optimización académica que con amplia participación y rigurosos procedimientos está incorporando cambios muy profundos a su estructura y modos de funcionamiento.

No tengo dudas que ésta es una institución especial, porque ese enorme trabajo que apenas he esbozado, se realiza con un presupuesto del cual más del 70% es autogenerado. No hay otra Universidad en el mundo entero que pueda afirmar lo mismo. Es decir, que pueda cumplir con excelencia reconocida internacionalmente sus responsabilidades de bien público y ser factor decisivo del desarrollo nacional con sólo un 30% de aporte fiscal.

Pienso, sin embargo, que esta desafortunada votación tiene algo de positivo. Nos ha permitido mostrar, aunque sea sólo en trazos gruesos, lo que somos; nos ha permitido rebatir argumentos falaces o equivocados y nos ha posibilitado, además, conocer de los miles y miles de chilenos anónimos que de un modo misterioso pero certero saben que ésta es *su* Universidad y que quieren defenderla; porque sin ella éste, *su* país, no sería el mismo.

Además, el episodio nos ha demostrado que también en el mundo político hay una mayoría que está dispuesta a cuidar, defender y

engrandecer esta institución, pues entienden su trascendencia nacional; no sólo histórica sino también presente y futura. Por otra parte, no podemos sino destacar la respuesta de todos los universitarios ante estas infortunadas circunstancias. Los estudiantes, profesores y funcionarios que están aquí hoy día y los que han ido al Parlamento, no han venido a oír al Rector. Ellos saben y viven lo que he dicho. Su presencia testimonia su amor y entrega no sólo a esta Universidad, sino a todo Chile, a todo este país que esta institución efectivamente representa. Testimonia, además, nuestro común compromiso con la misión de servicio público plural y de excelencia que nos entregaron nuestros fundadores y nuestra decisión de defender su estabilidad y crecimiento.

Agradecemos muy profundamente la presencia aquí y ahora del Sr. Vicepresidente de la República. Ella significa un apoyo inequívoco y oportuno a la Universidad. Significa también, creo, que podemos esperar un mejor futuro para la educación superior, la ciencia, la tecnología y la cultura de Chile. Pienso que es necesario modificar muy radicalmente las políticas e instrumentos de financiamiento, promoción y desarrollo del sistema universitario chileno. No es ésta la ocasión de repetir los argumentos que reiteradamente hemos manifestado.

Ahora la cuestión es cómo Chile, el Estado y sus agentes, se hacen cargo de su futuro. De qué manera vamos más allá de una reforma de la educación básica y media, sin duda muy importante, al nivel donde se juegan los más decisivos asuntos de la cultura y la sobrevivencia humana, es decir, al ámbito universitario. Ésta es una tarea que no puede esperar más. La señal que hemos recibido indica que el tiempo se termina, que no podemos depender de aprobaciones anuales para definir, cada año, nuestro futuro, y con ello, en una medida importante, el futuro de la ciencia y la cultura en el país.

Es evidente que debemos encarar a lo menos los siguientes problemas:

- El financiamiento universitario de origen estatal, su cuantía y estabilidad y su forma de distribución. Los recursos de inversión en instalaciones, equipos y en personal de alto nivel son asuntos de urgente prioridad.
- Las condiciones, características y volúmenes de becas y créditos a estudiantes con el preciso objetivo de incrementar la función de movilidad social del sistema universitario.
- Los modos de operación de los fondos concursables de investigación, que en su orientación actual se dirigen más a las personas que a las

instituciones, poniendo en riesgo la estabilidad y permanencia de éstas.

- Los sistemas de acreditación y evaluación de las instituciones y de los proyectos educacionales de pre y postgrado de modo de asegurar calidad y la fe pública.
- La flexibilización de las regulaciones que afectan a las Universidades del Estado y que impiden o dificultan una operación eficiente y competitiva.

Es necesario abocarse ahora a diseñar estas nuevas políticas universitarias, es indispensable desarrollar nuevos instrumentos y mecanismos que fortalezcan la equidad con nuestros estudiantes y que estimulen el avance científico y la innovación tecnológica, pero que también tengan presente la complejidad de nuestra época. Que, por cierto, mejoren la condición de las Universidades más nuevas pero no poniendo en riesgo la institución más señera y adelantada del país. Demandamos una revisión profunda y crítica de estos asuntos. Estamos listos para colaborar en el diseño e implementación de nuevas propuestas que dejando atrás los modelos instaurados en otra época, en otro contexto político y social y que han demostrado su inadecuación y descrédito simbolicen, por una parte, que el país, reconociendo los desafíos del futuro, de este futuro que ya es presente, está dispuesto a tomar ahora las macizas decisiones políticas que en su propio tiempo tomaron nuestros fundadores. Que signifiquen además que una construcción social tan valiosa como es la Universidad de Chile, y que ya sobrepasa el siglo y medio de vida, podrá seguir cumpliendo su tarea de siempre. Servir a todo Chile con excelencia, servir a todos los chilenos con pluralismo.